

# LEJOS DE ALGÚN LUGAR

JONATAN BOSQUE

Editorial Círculo Rojo

LA PRIMERA OBRA DE FICCIÓN DEL AUTOR DE  
CÓMO SOBREVIVIR AL JUICIO FINAL Y *KEEP CALM  
AND MOVE TO ENGLAND*.

LEJOS DE ALGÚN  
LUGAR

JONATAN BOSQUE

1.ª edición: marzo 2016

© Jonatan Bosque, 2016  
[www.JonatanBosque.com](http://www.JonatanBosque.com)

© Derechos de edición reservados.  
Editorial Círculo Rojo.  
[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)  
[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Colección: © Relatos  
Edición: Editorial Círculo Rojo  
Maquetación: © Jonatan Bosque  
Fotografía de cubierta: © alphaspirt/iStockPhoto  
Diseño de portada: © Jonatan Bosque

Producido por: Editorial Círculo Rojo.  
ISBN: 978-84-9126-583-2  
DEPÓSITO LEGAL: AL -395-2016

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

*A ti. Siempre a ti.*  
I. R. C.  
†

# ÍNDICE

Prefacio 9

EL PEQUEÑO DEMIEN 15

PRÓXIMA ESTACIÓN: FELICIDAD 49

EL FOTÓGRAFO QUE PERDIÓ SU OBJETIVO 63

INCORRESPONDENCIA 93

DETALLES 125

Agradecimientos 163

## PREFACIO

Kafka calificó un puñado de relatos suyos como «dignos de publicarse». En ellos estaba incluido el más famoso de todos: *La metamorfosis*, en el que nos contaba la historia de un hombre recién convertido en cucaracha.

Oscar Wilde, poeta y dramaturgo, creador de las obras de teatro más irónicas y brillantes de la literatura, comenzó escribiendo cuentos como *El crimen de lord Arthur Saville* y *El fantasma de Canterville* al más puro estilo británico de la época (1887), para después sorprender al mundo con otros más universales como *El Príncipe Feliz* o *El Gigante egoísta*.

Edgar Allan Poe, Anton Chejov, Jorge Luís Borges, Julio Cortázar, Roberto Bolaño, E. T. A. Hoffmann, Raymond Carver, James Joyce, John Cheever, Ray Bradbury, Robert Grapes, o Alice Munro, a quien en 2013 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura han sido, son y serán mis cuentistas favoritos.

Autores de todos los tiempos terminaron alguna vez abriendo el cajón en que todo escritor cierra con llave sus obras descartadas. Ya fuera para iniciarse y darse a conocer en el mundo de la literatura de ficción, cumplir con el compromiso hacia sus lectores durante sus periodos de sequía creativa, o como colofón de su obra.

La publicación de relatos cortos ha experimentado un agradable aumento en los últimos años. Muchos autores, consagrados y noveles —entre los que me incluyo—, ven interesante la apuesta por este tipo de narraciones, aprovechando la tendencia editorial de hacer asequibles historias de menor longitud a lectores con cada vez menos tiempo libre. El auge de las tecnologías, el tiempo que invertimos en redes sociales y otros factores como el trabajo, hacen hoy más difícil terminar leyendo una novela de trescientas, quinientas o seiscientas páginas.

*Lejos de Algún Lugar* es mi humilde aportación a este género de ficción con el que me estreno, en el que encontrarás guiños a autores y obras que me han influido y formado como contador de historias.

En ellas propongo una premeditada mezcla entre ficción y realidad, valiéndome para ello de episodios de la historia de la humanidad: la llamada Revolución de Terciopelo en República Checa, el golpe de estado de Tejero el 23-F, la guerra de Bosnia, o los movimientos independentistas catalanes.

Todos ellos sirven de trasfondo para que mis personajes se desarrollen en atmósferas más creíbles y doblemente dramáticas.

Como siempre digo, el éxito de la película *Titanic* (1997) habría sido menor si la historia no hubiese estado basada en hechos reales. Si Kate Winslet y Leonardo DiCaprio se hubieran enamorado y hundido en un barco imaginario, el guión y dirección de James Cameron, así como todo el coste de producción (200 millones de dólares) habrían sido insuficientes para evitar el naufragio de la cinta en taquilla. Sin embargo, de los 14 Premios Oscar a los que optaba, terminó haciéndose con 11. Entre ellos, al de Mejor Película, Mejor Director, Mejor Diseño de Vestuario, Mejor Banda Sonora, Mejor Edición y Mejor Canción Original (por *My Heart Will Go On*).

Podríamos decir lo mismo de libros como el *El niño del pijama de rayas* de John Boyne. La historia trata sobre Bruno, un niño de ocho años que observa cada día desde su ventana una reja tras la cual siempre hay personas vestidas con un pijama de rayas. Son judíos y están presos en un campo de exterminio Nazi. Este *Best-seller* fue publicado en 2006, y a fecha de 2012 el autor ya había vendido más de cinco millones de ejemplares.

Hacer confluír realidad y ficción tiene, como vemos, un nada desestimable impacto en lectores o espectadores. Me

gusta explotar eso cuando escribo.

EL AUTOR

*Barcelona - Mallorca - Madrid - Londres*

1998 - 2016



*All life's really serious journeys involve a railway terminus.*

En todo momento importante de la vida hay siempre una  
estación de tren implicada.

*Wilde (1997)*

Si nada nos salva de la muerte, al menos que el amor nos  
salve de la vida.

Pablo Neruda

## EL PEQUEÑO DEMIEN

### 1

«Jueves a las cinco», me dijo el retratista. Y aquí estoy. Ansiosa por ver el resultado llegando cinco minutos antes. Mi impaciencia aumenta a cada escalón.

El retrato no es para mí, si es lo que estáis pensando. Osea, sobre mí... de mí, quiero decir. Es el rostro a carboncillo del personaje principal de mi nueva novela para niños. Lo encargué hace siete días.

Por fin llego al sexto piso. Llamo al timbre, pero al instante chasqueo mi lengua al recordar que la primera vez que estuve aquí ya no funcionaba. Así que repico varias veces en la puerta esperando compensar los segundos perdidos.

En el interior suena una música parecida al Jazz; relajante, atrayente, casi hipnotizadora. Vuelvo a golpear la puerta con más contundencia que antes, porque van a dar las cinco y comienzo a impacientarme.

Tengo muchas cosas, pero paciencia, lo que se dice paciencia... Creédme, no mucha.

Compruebo el número de puerta y el piso por si acaso, pero es aquí; no hay duda. Paseo nerviosa con el paraguas en la mano. Lo traigo más que nada porque en Londres siempre llueve, aunque hoy precisamente no ha caído ni una gota.

Un segundo, la música ha dejado de sonar.

Miro el móvil; acaban de dar las cinco. Unos pasos, unas risas se aproximan a la puerta, que finalmente rechina y se abre ante mí.

—...de acuerdo, muchas gracias —se despide una chica entre risas.

—Hasta la semana que viene —concluye el pintor, perca-tándose más de mi impaciencia que de mi presencia.

—Samantha, ¿verdad?

—Sí, Samantha Bennett. Quedamos en que hoy...

—Sí, adelante. Adelante. Ya lo he terminado.

Paso dentro.

El apartamento está lleno de papeles por todas partes. Bocetos tirados por el suelo, arrugados y garabateados. Folios blancos esparcidos sobre una gran mesa repleta de lápices, virutas y briznas de caucho. Un cúter a medio abrir, algunos difuminos y unas gomas de borrar. En el caballete puede verse un rostro dibujado a carboncillo, inacabado. Muy seguramente de la chica que acababa de salir.

Agobiados por el desorden del artista, mis ojos buscan oxígeno y me obligan a lanzar una mirada por la ventana. Eso me hace perder de vista al dibujante, a quien de pronto veo sacar un sobre a tamaño DIN-A4 de debajo de una pila de diarios gratuitos del *The Evening Standard*.

—Aquí tiene —me dice Robbie entregándome el sobre.

Por cierto, el retratista se llama Robbie.

Lectores, este es Robbie. Robbie, te presento a mis lectores. (Esto lo he dicho para mí. Tranquilos no me ha oído).

—He sido todo lo fiel que he podido a sus descripciones —me explica.

Y tras rebuscar entre los cajones de su escritorio (qué desorden, madre mía), consigue encontrar milagrosamente el trozo de papel en que yo le anoté una suerte de descripciones físicas y rasgos de mi personaje imaginario. Para que hiciera mejor su trabajo, ya me entendéis.

—Tenga. —Me devuelve el *post-it*—. Ya no me harán falta.

Me mal meto el papel en el bolsillo de mis *jeans*, coloco el sobre bajo el brazo y echo mano de mi monedero.

—Me dijo noventa libras, ¿verdad?

—Noventa libras, correcto.

Saco el fajo de billetes que he extraído de un cajero antes de llegar y comienzo a contar.

—¿Me va a pagar sin haber visto el dibujo?

Hago una mueca mientras cuento los billetes. Le responderé al acabar.

—...ochenta... y noventa libras —susurro, y extendiendo mi brazo entregándoselas al pintor—. No se preocupe. Hace usted unos trabajos estupendos.

Segundos más tarde, retratista y yo nos despedimos.

Regreso a la parada de metro de Camden Town y hago trasbordo en Tottenham Court Road con destino a Notting Hill Gate.

Caminar por Camden es siempre estimulante desde el punto de vista creativo. Hay gente de todo tipo, tiendas para todos los gustos, estilos y tendencias. Es bastante menos romántico que donde yo vivo, pero igual de vibrante y variopinto.

Ya en vagón saco mi cuaderno del bolso y tomo unas notas que pasaré a limpio cuando llegue a casa. Es un cuaderno fetiche. De esos que compras porque otros lo han usado. Este en particular es de una marca francesa. Como también lo es el lápiz con que escribo. Autores como Vincent van Gogh, Pablo Picasso, Ernest Hemingway o Bruce Chatwin, los utilizaron antes para plasmar sus bocetos y primeros borradores.

Estoy contenta porque hace unas semanas me reconcilié con la escritura a mano. Nunca me ha gustado mi letra. Desde pequeña siempre he querido tener una bonita caligrafía como los antiguos. Utilizar plumas de cisne, tinta de bote y papel pergamino. Pero mi letra es fea, irregular, corrida a veces, porque pienso más rápido de lo que mi mano es capaz de procesar. Esto al ordenador no me pasa porque tecleo con mucha velocidad (seiscientas pulsaciones por minuto, gracias a mis clases de mecanografía en el instituto).

Treinta minutos después, llegamos a casa. No es un lujo de apartamento, pero como podéis apreciar está más ordenado que el del retratista. Vivo, como habéis visto al entrar, justo encima de una floristería de la calle Portobello Road. Me encanta porque, sea invierno o verano, aquí dentro siempre huele a rosa, jazmín o azucena. ¿Lo oléis? Mmm...

Me siento y comienzo a abrir el sobre, pero los nervios... ¡Ay! No puedo con los nervios. ¡Dios, que tontos somos los artistas!

Al final logro serenarme y tras dudar un poco, extraigo el folio para contemplar el retrato.

El rostro de Demien —así se llama el héroe de mi historia— está formado por unos hábiles trazos a lápiz, con sombreados contornos de grafito que acentúan sus dulces y aniñadas facciones. Robbie ha dibujado dos ángulos de Demien. Uno de frente y otro de perfil, algo que no recuerdo haberle pedido, pero que le acaba de hacer ganar diez puntos por la iniciativa.

El retrato viene así a completar la extensa ficha que creé de mi personaje, a fin de conocerlo mejor y hacerme una más amplia idea de cómo se comportaría Demien dentro de mi novela. Algunos colegas de profesión ya me habían sugerido que este método resultaba muy útil a la hora de crear personajes verosímiles para obras de ficción. Un género con el que estoy familiarizada, ya que tres de los cuatro libros que he escrito son cuentos para niños. A excepción de *Te amo, Sofía* —el primero de ellos—, que se convirtió en un *Best-Seller* nada más salir al mercado. Ese era un ensayo; mezcla entre filosofía, psicología y autoayuda. La tirada ronda ya la decimocuarta edición.

Ahora, como os he dicho, escribo novelas para niños. Público juvenil, vaya. Aunque sea más complicado. Me da igual.

¿Cómo me metí en esto?, os preguntaréis. Pues por una mítica frase que pronunció mi padre cuando yo era niña y que todavía hoy reverbera en mi cabeza: «Aceptar y reconocer la propia mediocridad, Samantha, es el primer antídoto contra la frustración». Ya... Gracias papá, pero eso no ayuda.

Durante mis primeros años de vida, no comprendí muy bien el mensaje oculto de aquella grave sentencia. Me sentía inútil e incapaz de hacer nada grande, porque algo dentro de mí decía: «Tiene razón, Samantha. No eres lo suficientemente buena. Ni para escribir algo que merezca la pena ser leído, ni para nada».

Pero llegó un día en que dejé de enfrentarme al lado negativo de las palabras «Mediocridad» y «Frustración» que formaban aquella frase, y fue entonces cuando sentí que algo brillaba entre líneas. Lejos de ser una sentencia oscura como un sótano abandonado, albergaba un halo de luz que, sin saber cómo ni cuándo, prendió en mi interior y comenzó a iluminarme. Esa lucecita me ha alumbrado hasta hoy ayudándome a esforzarme en todo lo que hago. Ser mejor persona, amiga, hija, escritora...

La frase de mi padre me ha ayudado a no autoengañarme creyendo que podía tener algo de talento. Porque el talento y la técnica son cosas distintas, no creáis. Yo tengo técnica, siempre lo he sabido. Porque he leído mucho, y también estudiado (Lengua Inglesa y Literatura en la Universidad de Cambridge). Pero el talento de uno es algo que otros perciben. Si de verdad tienes talento, otro vendrá a decírtelo tarde o temprano.

La gente de nuestro círculo, especialmente los amigos, creen que los escritores mentimos cuando decimos que este fin de semana estamos ocupados y que no podremos ir a tal o cual barbacoa.

Piensan, os pensáis (lo siento, os he incluido) que escribir no puede llevarnos tantos días trabajando sin descanso.

Que lo decimos para daros largas, o simplemente negarnos a ir. La excusa perfecta.

Os creéis que llegamos de trabajar, nos sentamos frente al ordenador durante una hora, y que al llegar al último punto tenemos una novela perfecta de trescientas páginas lista para venderse. Una novela que, por supuesto, nuestro editor (mañana conoceréis al mío) estará encantado de publicar. Ah, y se me olvidaba: una vez hecho ganamos tanto dinero que podemos retirarnos y escribir desde Las Bahamas el resto de nuestras vidas. ¿A que sí? Pues eso, dejad que os aclare, está lejos de ser lo que en realidad ocurre. A menos que, claro está, seas tan buena como J. K. Rowling.

Escribir es un proceso tortuoso, ya os lo digo. Cualquier actividad resulta más gratificante que el hecho de sentarse a escribir.

Momentos como la falta de inspiración o el síndrome del folio en blanco te bloquean y hacen sudar la tinta gorda. Sobre todo cuando ni todos los cafés del mundo consiguen activarte el cerebro para ponerte a teclear, aunque eso que termines escribiendo no sea tan bueno como para ser publicado.

Escribir es un veinte por ciento creatividad y un ochenta por ciento corrección. Sí, corregir. Contrariamente a lo que muchos piensan, cuando se escribe no siempre se hace del tirón. Hay que pensar, usar la cabeza, el corazón y la imaginación para convertir esos (con suerte) dos o tres párrafos que te han llevado seis horas frente al ordenador en una frase decente a tener en cuenta. Editarla, simplificarla, cambiar el orden de los verbos, adjetivos, adverbios, pronombres, artículos, etcétera... Todo se reduce a editar. La espontaneidad en la escritura es un mito. Ahí es donde uno se da cuenta de si en realidad tiene talento o en cambio sólo técnica. Y donde la frase de mi padre cobra verdadero significado, porque al final del día, saber que no soy tan buena en esto de escribir me mantiene despierta y hambrienta para seguir mejorando.